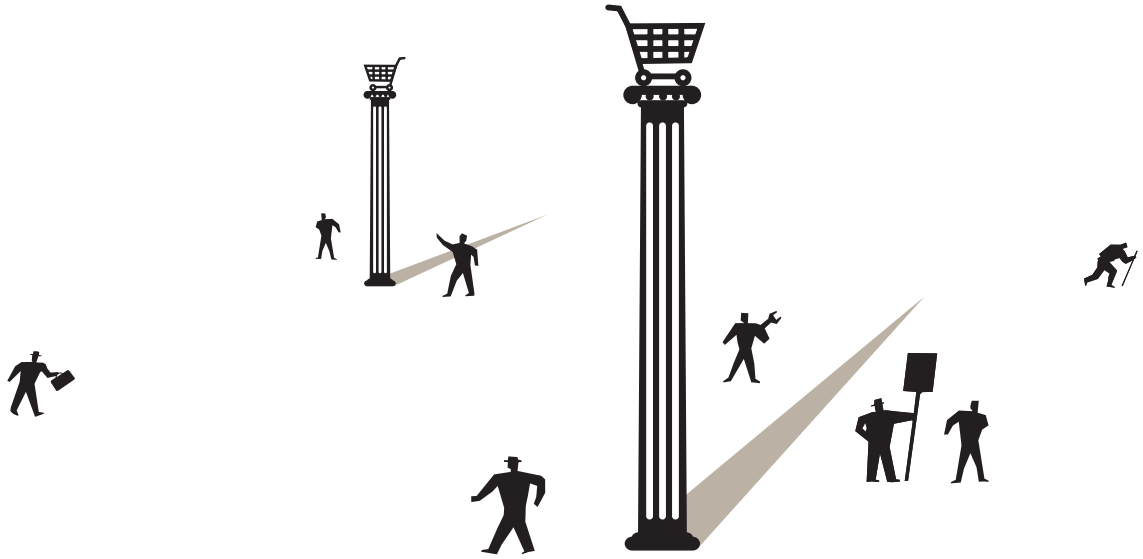
¿CIUDADANOS O



[Guillermo Heras]

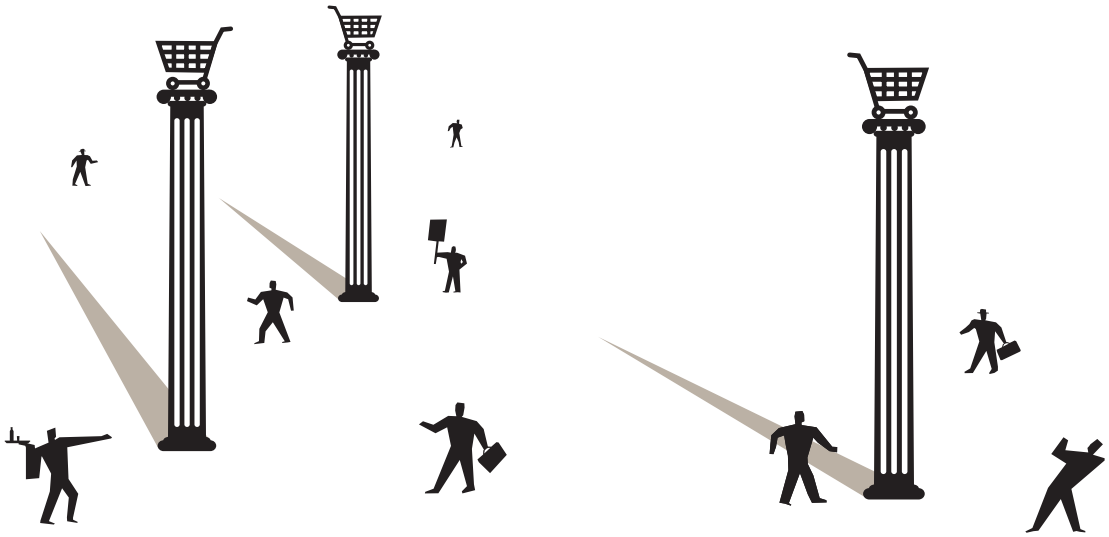
Reflexionar sobre la gestión de las Artes Escénicas en una gran ciudad no resulta una tarea fácil actualmente. Por desgracia seguimos manejando muchos conceptos que pertenecen más al siglo pasado que a políticas de gestión que miren hacia el futuro.

Por un lado sigue existiendo un gran empecinamiento en la defensa ciega de dos posturas contrapuestas. Una la de los sacralizadores del mercado como única vara de medir la validez de las propuestas culturales. La otra, la de los demonizadores de ese mismo mercado, incapaces de entender que para que un proyecto tenga sentido debe de tener algún tipo de aval que emane, precisamente, de aquellos a los que van dirigidos esos procesos relacionados con la cultura, los ciudadanos dispuestos a disfrutar de esa experiencia.

Estoy convencido que para muchos neoliberales que puedan leer estas líneas, su discurso implícito les parecerá sospechosamente «dirigista». ¿Será posible pedir formas de análisis un tanto alejadas de ciertos tópicos? Por supuesto, y que para que no quede ninguna duda, creo firmemente en el hecho de que las Instituciones Públicas están para «corregir» el mercado, pero no para dirigir filosofías, tendencias o prácticas artísticas de los creadores. Así pues ¿de qué hablamos cuando hablamos de intervenir en la cultura? ¿Es que en las más oscuras épocas de nuestra Dictadura franquista su Gobierno no «intervenía» en la cultura? ¿Y que decir de las teorías y las prácticas de esos personajes llamadas Hitler, Mussolini o Stalin? ¿Es que no intervienen los Estados más ultraliberales de la actualidad a través de sus apoyos a determinadas formas de expresión cultural, por supuesto siempre ligadas a sus criterios ideológicos? ¿Por qué hay tanto cinismo a la hora de hablar de subvenciones?

Vivimos en un momento crucial para Europa. Lo que se debate es si queremos un futuro centrado en un mero mercado de libre cambio o un espacio auténticamente social. Y ahí, la cultura, deberá tener un peso específico y decisivo a la hora de diseñar un te-

CONSUMIDORES?



rritorio de libertad y calidad de vida que tanto tiempo ha costado conseguir en muchos países de nuestro entorno. Y, por supuesto, pienso que las ciudades deberán ocupar un lugar primordial a la hora de situar el debate de cómo se debe servir a esa cultura de la libertad, la igualdad y el respeto por cualquier opción ideológica, religiosa, ética o estética, precisamente al ser los entornos más cercanos en la relación Administración/Administrados. Las ciudades son nuestro hábitat natural para desarrollar nuestros anhelos de ocio y cultura de un modo más directo, de ahí que cuando hablemos de Museos Nacionales o Teatros Nacionales, muchas veces la gente crea que esas dependencias son, en realidad, del Municipio donde están ubicadas. ¿Sabe todo el mundo quien gestiona realmente el Museo del Prado? ¿Tenemos una auténtica noción de que el Centro Dramático Nacional es, más allá del Teatro María Guerrero, un espacio de toda la Nación?

Y es aquí donde surge una primera reflexión sobre la Cultura del Teatro en una ciudad como Madrid: después de estos años de Democracia ¿se ha profundizado suficientemente en algún discurso diferenciador de las políticas culturales que la Administración Central, Autonómica y Local deberían realizar sobre el territorio de la capital? ¿En algún momento se han sentado las bases de una auténtica coordinación entre estas Administraciones? ¿Podremos soñar con un futuro, en el que más allá de las rencillas políticas, existan marcos de colaboración estables a la hora de hacer funcionar los equipamientos culturales?

Por supuesto que no soy optimista, mucho más cuando considero que nuestra clase política suele estar muy alejada de las auténticas preocupaciones de los sectores culturales. Más allá de hacerse alguna foto en épocas de elecciones, ¿tienen nuestros políticos dirigentes discursos culturales que vayan más allá de lo obvio? Cierto que de vez en cuando van a algún estreno de ópera o teatro, acuden a algún concierto, o recomiendan la lectura de algún libro, ¿pero cual es su discurso sobre qué, como, donde, para qué y con quién crear y gestionar las políticas culturales?

Se podrá decir que ahora en la ciudad de Madrid estamos mejor que hace poco tiempo ya que se han cambiado a algunos responsables de Teatros Municipales y las líneas de programación son más abiertas, pero eso es sobre todo maquillaje, mera

Por supuesto que no soy optimista, mucho más cuando considero que nuestra clase política suele estar muy alejada de las auténticas preocupaciones de los sectores culturales.

Les puedo asegurar que la ceremonia de cómo los londinenses o berlineses acuden a sus salas teatrales no tiene nada que ver con la apatía tan común que advertimos en tantos espacios culturales madrileños.

cosmética exterior para no atacar los problemas de fondo. Cierto que partimos de bases conceptuales muy precarias. Para el anterior alcalde de nuestra ciudad, «Madrid era la capital europea del teatro». Expresión que dijo y se quedó tan ancho, aunque nos produjera un extremo rubor a los que, de vez en cuando, tenemos la suerte de viajar por el mundo. Madrid atraviesa desde hace muchos años un desplazamiento profundo de los lugares de referencia de creación escénica mundial. Y basta para ello poner en el acento, no en el cuestionamiento del talento o las capacidades de sus creadores escénicos, sino en otros parámetros mucho más palpables.Tenemos menos equipamientos y más envejecidos que otras capitales de nuestro entorno, tenemos menos inversión pública y privada en el sector de las Artes Escénicas, tenemos un concepto errático de «repertorio» y tenemos menos espectadores que otras capitales de Estado. Y para ello no es necesario echar sólo manos de esas grandes referencias europeas como pueden ser Londres, París o Berlín, sino que nos ganan ciudades del Este, como Varsovia o Praga, o en América Latina Buenos Aires o México DF, y por supuesto en nuestro país, Barcelona. Es muy duro para un madrileño tener que decir esto, pero es la verdad, y para ello me remito directamente a cualquier cartelera publicada en un diario de estas ciudades. Mientras, se podrá seguir hablando de la buena salud de nuestros teatros y como aumenta la recaudación, año tras año, gracias a los musicales y a la subida de los precios de las entradas. Pero, ¿qué pasa en realidad con el teatro del puro y duro consumo?

Y es aquí donde vuelvo al título del artículo: ¿Qué es lo que de verdad queremos, consumidores o ciudadanos a la hora de acudir a nuestras salas teatrales? Y permítaseme una broma, no basta contestar astutamente diciendo que ciudadanos-consumidores.

Si definiéramos una cuestión tan simple, quizás empezaríamos a encontrar soluciones, sobre todo a corto, medio y largo plazo. Es posible que aquellas reflexiones que hacíamos hace años sobre «teatro como mercancía» o «teatro como bien público» no se hayan aclarado lo suficiente con el paso del tiempo, y si bien es muy saludable la colaboración entre lo público y lo privado, conviene saber si la apuesta pasa por apoyar aquello que ya tiene un consumo asegurado o por apostar por aquello que lucha en situación de clara desventaja con lo que ese mercado dictamina como mayoritario. Y no estoy hablando de subvenciones, ese es otro tema que deberíamos discutir con nuevos criterios, sino de un discurso sobre la gestión para la consecución de un teatro por y para ciudadanos libres.

Y en ese concepto de ciudadanos creo que hay que introducir tanto a los creadores y profesionales del sector escénico como a los receptores de sus propuestas, es decir, los espectadores. Y lo digo con conocimiento de causa, pues en muchas de las discusiones o debates en las que he asistido a lo largo de mi vida, el espectador ha ocupado, casi siempre, un papel residual y desde luego secundario en relación a las necesidades de los sectores profesionales. Por eso pienso que la batalla por un teatro de los ciudadanos es una tarea común de las dos partes, ya que si no es así seguiremos protegiendo un teatro que, por muy público que sea, seguirá siendo proteccionista, redentor y, en muchos casos, meramente populista.

Hoy la sociedad madrileña es muy plural. Ya no hay un «público», hay muchos segmentos de públicos, por lo que una auténtica política de gestión cultural democrática pasaría por atender las demandas de TODOS esos sectores de espectadores. No basta con apoyar unas pocas líneas o tendencias de género o estéticas, ya que hoy los gustos de los ciudadanos transitan por muy diferentes terrenos. En Madrid hay espectadores para el teatro clásico y el contemporáneo, para el teatro infantil y juvenil o las marionetas, para la ópera y la danza, para el circo y las performances, para los musicales de gran formato y para los espectáculos de cámara en las salas alternativas, para los autores extranjeros y para la dramaturgia nacional… pero existe un caos en la gestión o una falta de discursos específicos que impiden que los espectadores tengan una conciencia de pertenecer a un proyecto cultural común con esas instancias creativas y productivas. Les puedo asegurar que la ceremonia de cómo los londinenses o berlineses acuden a sus salas teatrales no tiene nada que ver con la apatía tan común que advertimos en tantos espacios culturales madrileños. Eso sí,

cuando se trata de un Festival cunde la euforia y entonces sí somos europeos, pero cuando se trata de acudir a contemplar nuestro repertorio habitual, todo parece más aséptico. Y creo que eso no es culpa de los espectadores, sino más bien de nuestras políticas de gestión que no priman la idea de pasar, precisamente, de entender a un espectador como auténtico ciudadano y no mero consumidor.

Precisamente la apuesta desmedida por programaciones festivaleras o coyunturales es una de las claves para entender la desmembración de una sociedad teatral estable. Por supuesto que creo que son necesarios los festivales, muestras, ferias y eventos puntuales, pero intentando equilibrarlos con programaciones que profundicen en conceptos estables, como el de repertorio, desde clásicos a contemporáneos, pasando por el apoyo a las expresiones escénicas de experimentación e investigación o aquellas que son consideradas como menores, tales como el teatro infantil o la danza contemporánea. Me parece magnífico que cualquier ciudadano, sea de la tribu teatral o un espectador normal, tenga la posibilidad de ver los grandes espectáculos de los grandes creadores mundiales. Pero más allá de ese momento efímero ¿tienen luego posibilidad nuestros creadores locales de competir con los mismos medios para emular esas producciones? ¿No sería interesante equilibrar una política de escaparate con una de gestión para fortalecer raíces para el futuro desde la creación de los grupos, colectivos y profesionales del teatro madrileño? ¿Nos falta aquí talento o medios de producción? ¿Cuánto se invierte en cachés de compañías foráneas y en creación propia? En Madrid no podemos ni entrar en ese eufemismo inventado por Florentino Pérez cuando hablaba (ahora ya ni siquiera lo hace) de completar un gran equipo a base de Zidanes y Pavones. Aquí el grueso de la inversión en Artes Escénicas se la llevan los Zidanes y los Pavones apenas reciben las migajas que quedan del pastel. Y nuevamente puntualizo, no hablo sólo de las subvenciones puntuales, algo que ni siquiera nuestro Ayuntamiento ha practicado o practica, sino de encontrar un sentido, un discurso a las ayudas y apoyos para fortalecer tejido escénico en Madrid. Y por ello me parece muy bien que si son liberales aprovechen la receta que tanto aplican los seguidores de esta tendencia: la llamada «optimización de recursos». Aunque claro puede que lo que se esté aplicando es la política llamada centrista-reformista, de la cual me gustaría conocer cuales son sus fórmulas específicas en la gestión cultural, ya que siempre he querido conocerlas para poder llegar a entenderlas.

De cualquier modo y para que no me acusen de hacer «toreo de salón» y dado que no me gusta esa «fiesta nacional», desde mi condición de «casi» exiliado de la escena madrileña, quizás más por mis propias convicciones que por ningún sentido paranoico de la realidad, me atrevo a hacer alguna sugerencia para optimizar esos recursos de los que parece que siempre se carece, pero que de pronto aparecen con cantidades desmedidas en eventos de dudoso valor ciudadano, aunque si sean de indudable valor mediático para la consolidación del puesto de poder.

Así pues, y dejando a un lado el escabroso tema de las subvenciones (aunque las únicas que parece que se miran mal son las dedicadas a la cultura, pero no las que sirven para quemar el lino, apoyar falsos cultivos de productos agrícolas o consolidar industrias fantasmas), pongo sobre la mesa algunos temas para el debate de lo que a mi modo de ver serían algunas medidas para apoyar un discreto Teatro por y para Ciudadanos, aunque estos al final sean también consumidores, pero siempre desde la opción de la libre y abierta elección.

1. Sustitución de la concepción de subvención como una ayuda a fondo perdido por un contrato/trabajo para realizar un número determinado de funciones, talleres para la comunidad o contraprestaciones a estudiar.
2. Fomentar la colaboración entre las diferentes Instituciones Públicas que configuran el territorio madrileño.
3. Apoyo a una línea de «compañías residentes» en espacios que fueran cedidos por el Ayuntamiento, no necesariamente teatrales, sino también espacios susceptibles de poder convertirse en «escenas abiertas». Recuperación de espacios en desuso.
4. Agilizar la Red de Locales de Barrio que realizan una labor mortecina y muy alejada de una cultura viva y relacionada activamente con los habitantes de ese entorno. Crear un circuito o red que sir-

Como afortunadamente no somos nada nacionalistas, sigo pensando en una ciudad siempre abierta a todos los lenguajes estéticos y a todas las lenguas posibles, y por ello que se destierre cualquier idea de que lo que estoy reivindicando es una especie de apuesta por el localismo o la exclusión.

Tenemos que asumir con todas sus consecuencias que «la culpa» no está anclada en una sola parte, es decir en la Administración.

viera a la circulación de grupos escénicos por los barrios.

5. Poner a disposición de grupos y creadores locales espacios para desarrollar las labores de ensayo y preparación de espectáculos. Rescate de espacios infrautilizados y que en manos de artistas podrían tener un sentido claro en su uso.
6. Equilibrio entre exhibición de grandes espectáculos foráneos y creación local.
7. Fomentar una línea de apoyo de Asociaciones de Espectadores, quizás vinculadas con las Asociaciones de Vecinos, para incidir en la dialéctica creación/recepción. Captación de nuevos públicos.
8. Valorar la dramaturgia madrileña contemporánea y nacional. Estrenar los Premios *Lope de Vega* como algo normalizado y no como una idea de imposición.
9. Realizar proyectos específicos en las Bibliotecas Municipales para desarrollar pequeñas propuestas que ayuden a dinamizar el teatro.
10. Ayudar a los Colegios e Institutos a realizar campañas de apoyo al teatro. Invertir en formación es apostar por el futuro.
11. Promover una Mesa de colaboración entre el propio Ayuntamiento y las empresas privadas para fortalecer líneas de ayuda desde esas empresas a través de sus Fundaciones o inversiones directas en apoyo de proyectos de Artes Escénicas. Es curioso como para la candidatura a las Olimpiadas se ha movido Roma con Santiago para conseguir esas ayudas. ¿No se podría apostar también por un MADRID CULTURAL sin coyunturas efímeras?
12. Mayor colaboración entre la Alcaldía y las organizaciones profesionales del sector para generar propuestas útiles a todas las partes.
13. Generar unos Puntos de Información de las Artes Escénicas en diferentes lugares de la ciudad que sirvieran, por una parte de Banco de Datos y, por otra, de información exhaustiva de todo lo que se está produciendo y exhibiendo escénicamente en la ciudad.
14. Ayuda institucional a la promoción y publicidad de actividades teatrales que no sean las estrictamente generadas por los poderes municipales. Estrecha colaboración con las Salas Alternativas Independientes.

Seguramente este será un catálogo de obviedades, pero me parece que unidas a otras propuestas podría ayudar a abrir un debate sobre la auténtica situación de las Artes Escénicas en la ciudad de Madrid. Como afortunadamente no somos nada nacionalistas, sigo pensando en una ciudad siempre abierta a todos los lenguajes estéticos y a todas las lenguas posibles, y por ello que se destierre cualquier idea de que lo que estoy reivindicando es una especie de apuesta por el localismo o la exclusión. Al contrario, hay que alejarse de todo chovinismo y pensar en la pluriculturalidad de nuestra ciudad. No podemos dejar de pensar en como dentro de muy poco el mestizaje real será una opción dentro de muchos de los textos que escriban los hijos de los emigrantes o los espectáculos que se estrenen por compañías de actores o bailarines de diferentes orígenes étnicos, pero tan madrileños como los nacidos aquí desde generaciones anteriores.

Otra reflexión importante: a todo esto no es ajena una cierta situación de inercia, o incluso de desidia por parte de diferentes sectores de la profesión escénica madrileña. Tenemos que asumir con todas sus consecuencias que «la culpa» no está anclada en una sola parte, es decir en la Administración. En otras épocas de nuestra historia reciente la profesión era mucho más maltratada por las fuerzas del poder y, sin embargo, teníamos un vigor, un compromiso y un altísimo nivel de comunicación con los sectores sociales que, poco a poco, se han ido diluyendo.

Sería necesario llegar a un pacto en Instituciones Públicas, Sectores Profesionales y Ciudadanos, para romper ese divorcio que a veces existe entre Teatro y Sociedad. Que no es tarea fácil ya se sabe. Que corresponde hacer un mayor esfuerzo a las Instituciones y a los profesionales es algo que está muy claro. Si nuestro Ayuntamiento se abre más a consensuar líneas de actuación conjunta sería, sin duda, una gran noticia. Podríamos pensar entonces que ya no somos meros consumidores y que, poco a poco, podríamos a llegar a ser auténticos ciudadanos que supieran valorar la calidad de vida que produce el disfrute cultural.■